Globethics Repository

La significación actual del Reino de Dios anunciado por Jesús [The actual significance of the Kingdom of God announced by Jesus]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Sobrino, Jon, 1938-
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-02 23:40:58
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223216

LA SIGNIFICACION ACTUAL DEL REINO DE DIOS ANUNCIADO POR JESUS

Por JON SOBRINO

Hoy es de sobra conocido que Jesús de Nazaret no se predicó a sí mismo, sino el reino de Dios. Ese dato central de la predicación y actuación de Jesús ha ido cobrando relevancia creciente y decisiva en la fe y práctica de los cristianos y también en la teología.

En este breve artículo no pretendemos exponer de nuevo lo que el reino de Dios significó para Jesús, sino reflexionar sobre la importancia que tiene el reino de Dios predicado por Jesús para la fe y práctica cristianas en la actualidad. Presuponemos, por lo tanto, como ya conocidos los datos fundamentales: que Jesús anunció su venida, que en un principio creyó próxima; que nunca define lo que es, sino que habla del reino en forma de parábolas; que su contenido es utópico, como de diversas formas lo anunciaban anteriormente la profecía y la apocalíptica, pero que en esa utopía se espera la renovación del hombre, de las relaciones entre los hombres y de todos ellos con Dios; que esa utopía se anuncia especial o únicamente a los pobres; que Jesús no sólo habló sobre el reino, sino que desarrolló una actividad y una práctica al servicio de ese reino, y proclamó exigencias también a sus oyentes; que por el servicio al reino pronto entró en conflicto con los poderosos, lo cual le ocasionó la persecución y la cruz.

Supuestos estos datos de lo que en el pasado significó el reino de Dios para Jesús, queremos preguntarnos ahora por la importancia que tiene para la vida cristiana en la actualidad el hecho de que el Jesús histórico anunciase ese reino, pusiese su vida al servicio del reino y a través de ello dejase entrever algunos elementos importantes de la utopía del

reino. Para comprender lo que aquí está en juego podemos hacer las siguientes preguntas, sólo en apariencia retóricas. ¿Sería igual nuestra fe en Jesús si éste, aun siendo confesado como Hijo de Dios, no hubiese anunciado el reino? ¿Sería igual nuestra fe en Dios si éste, además de ser el Padre de Jesús, el que le resucita de entre los muertos, no fuese también el Dios que quiere la vida justa de los pobres y les anuncia a ellos una buena noticia? ¿Sería igual nuestra vida cristiana, la fe, la esperanza y la caridad, si su correlato fuese simplemente «Dios» y no también el «reino de Dios»? Puesto en forma teórico-teológica ¿no es el reino de Dios predicado por el Jesús histórico un dato real, sí, de su vida histórica, pero provisional para la fe y en el fondo superfluo una vez que Jesús es confesado como el Cristo, Dios es confesado como el Dios trinitario y la utopía de la fe es reconocida en la resurrección?

La respuesta a todas estas preguntas es un enfático no, a nuestro entender. Ni la fe sería igual sin el reino de Dios ni sería cristiana si se hiciese de él y del Jesús histórico algo provisional. Ya en los comienzos de la Iglesia surgió esa problemática a la que se respondió afirmando la identificación de Cristo con Jesús, del resucitado con el crucificado, y editando evangelios que hacen de Jesús y del reino algo central.

Al nivel teórico pudiera decirse que las preguntas están sustancialmente resueltas. Pero hay que tener en cuenta sobre todo una gran constatación. Cuando los cristianos han recobrado eficazmente el reino de Dios –como ha ocurrido en los últimos veinte años– su fe no es igual, se hace novedosa y creativa y, además, se torna más evidentemente evangélica, más cristiana. Y si en pura teoría sería discutible determinar qué es «más» cristiano, en la práctica no se puede negar que los cristianos se sienten más cristianos porque han recuperado valores fundamentales de la fe y han cristianizado mejor valores tradicionales de la fe. En cualquier caso no se puede negar que para quienes observan hoy la vida de la Iglesia los cristianos se parecen más a Jesús.

Que orientar la fe según el reino de Dios tiene un gran potencial para la fe y la vida cristiana es algo que históricamente no se puede negar. ¿Por qué, pues, recordarlo? En primer lugar, porque no es fácil mantener una fe orientada según el reino de Dios. A nivel de teoría y práctica eclesiales no es fácil mantener la ultimidad del reino de Dios con respecto a la Iglesia, pues el reino la juzga y relitiviza, aunque también la anime y le proporcione la dirección correcta a su misión. El reino descubre la comprensible, pero real y realizada concupiscencia eclesial hacia la propia absolutización, como lo muestran los intentos de desvirtuar el Vaticano II, Medellín y Puebla. El reino además exige una prácti-

ca eclesial que lleva a serios conflictos y persecuciones, hacia lo cual la Iglesia reacciona no pocas veces con temor paralizante o dando preferencia al instinto de conservación.

En segundo lugar porque se necesitan esclarecer algunas preguntas, formuladas teóricamente pero con grandes consecuencias prácticas. Esto es lo que intentamos hacer a continuación, eligiendo sólo tres de ellas: 1. Se dice que el reino de Dios no es algo específico de la fe bíblico-cristiana, sino patrimonio de la humanidad utópica, y hay que analizar por lo tanto la significación de lo que el reino tiene de no-especificidad. 2. Se dice que, en cuanto utopía, al reino se le corresponde en la esperanza, y hay que analizar por lo tanto su relación con la fe y con la práctica de la caridad. 3. Se dice –y aquí con más razón– que la espiritualidad cristiana se deriva del seguimiento de Jesús y de la relación de Jesús con el Padre, y hay que esclarecer por lo tanto lo que el reino de Dios exige y aporta a la espiritualidad.

1. EL REINO DE DIOS Y EL SER-HOMBRE DEL CRISTIANO

Se ha dicho con razón que el reino de Dios, en cuanto expresión simbólica de una utopía deseada, no es algo específicamente bíblico ni de Jesús. Esto es verdad, pero lo importante es la conclusión que de ahí se deriva para la fe actual. Buscar y mantener lo específico de la fe cristiana es tarea perenne e importante. Pero no quiere esto decir que sea la única forma de encontrar la verdad de la fe ni que la precipitación en esa tarea no tenga serios peligros. Uno de esos peligros es abandonar sutilmente la encarnación de los cristianos en la historia real, en «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres» (GS n. 1). La encarnación de los cristianos en la historia real de los hombres sigue siendo el primer paso lógico de la existencia cristiana que debe ser siempre de nuevo asegurada y conquistada, que no debe ser nunca dada por supuesta y que –en la práctica– con tanta dificultad se realiza. Precisamente porque el reino de Dios es análogo a otros símbolos utópicos de esperanza de la humanidad presta un primer gran servicio: retrotraer al cristiano, a la fe y a la Iglesia a la humanidad real, a sus problemas y esperanzas reales. Es por ello una de las posibles formas desde la fe, pero eficaz, de afirmar que el cristiano no sólo está en la historia sino que está compartiendo realmente la historia de la humanidad.

Pero el símbolo «reino de Dios» tiene además una determinada concreción de cómo los hombres experimentan la historia y su utopía: en la historia existe el mal, ese mal permanece aun en presencia de los esfuerzos de los hombres por superarlo y, sin embargo, los hombres siguen esperando que exista salvación. En la tradición bíblica y de Jesús –de nuevo, no de forma absolutamente especificante– esa utopía está suficientemente determinada. En primer lugar, el mal cuya superación desencadena la esperanza de una utopía no es simplemente el mal natural, ni siquiera sólo la muerte del hombre como destino natural, sino un mal histórico, producto de la voluntad de los hombres. En segundo lugar, ese mal histórico es fundamentalmente la injusticia, la organización injusta de la vida de los hombres, la opresión de unos hombres por otros; por ello el reino de Dios está asociado al triunfo de la justicia de Dios y a la práctica de la justicia. En tercer lugar, ese reino es pensado parcialmente desde los pobres y para los pobres, aunque la plenitud realizada del reino de Dios pueda alcanzar a todos. Desde los primeros orígenes de esa utopía, el rey justo que se espera es justo porque será parcial a los pobres y desvalidos.

Estas sencillas observaciones muestran la importancia, también para la actualidad, de mantener como central para la fe el hecho de que Jesús anunciase el reino de Dios. Aunque él nunca dice exactamente qué es, aunque las narraciones evangélicas lo interpreten desde diversos transfondos, desde el transfondo profético que insiste más en la utopía como triunfo histórico de la justicia o desde el transfondo apocalíptico que desplaza hacia el final y escatologiza ese triunfo, aunque Jesús recogiese también tradiciones sapienciales, a pesar de todo eso sigue siendo de suma importancia el dato fundamental: Jesús se presenta con una utopía para los hombres y en directo para las mayorías pobres. De esa forma su mensaje aparece encarnado en la humanidad y él mismo aparece como «verdadero» hombre, por más que después ambas verdades –la del reino y la de su persona– se irán concretando y mostrando su especificidad cristiana.

Dos cosas importantes, al menos, se desprenden para la actualidad del hecho de que Jesús anunciase el reino. La primera es el planteamiento de cuál sea el problema más grave de la historia actual. Este sin duda puede ser formulado de diversas formas. Pero desde el reino éste aparece como el problema de que los hombres vivan, más exactamente, de que lleguen a vivir. Es por lo tanto el problema de la justicia que está detrás de la profecía y de la apocalíptica; el problema de que los grandes marginados y oprimidos de la historia dejen de serlo. Ese problema no es

uno entre muchos, sino el problema fundamental, y la actual situación de la humanidad lo sigue haciendo *el* problema. Surge de la misma entraña de la realidad y no puede ser acallado por nada. Funge por ello al modo de la teología negativa, como un no deber ser absoluto, cuya superación no resuelve adecuadamente los otros problemas de los hombres y de los creyentes, pero sin cuya solución esos otros problemas no se resuelven ni humana ni cristianamente.

Una segunda conclusión es que no se puede comprender a Dios sin hacer referencia a su reino; y no sólo haciendo referencia a cómo Dios realiza el reino, si gratuitamente o con la colaboración de los hombres, sino haciendo referencia a su contenido. La utopía del reino puede ser expresada en contextos secularistas sin hacer referencia a Dios. Pero si el reino se formula religiosamente, entonces no sólo se dice algo acerca de la humanidad, sino también acerca de Dios. Decir que Dios es un Dios del reino significa que su realidad se va a hacer presente no sólo a través de los «mediadores», los hombres nuevos que reflejan en su santidad algo de la santidad y realidad de Dios, sino también a través de «mediaciones», de configuraciones históricas de la vida de los hombres en que existe la fraternidad y la justicia. De ahí que Dios sea muy importantemente también el Dios de la vida, el Dios de la liberación de aquellos cuya vida está oprimida, el Dios de los pobres.

La fe cristiana en Dios no se reduce a esto. Desde Jesús Dios aparece también como quien libera al hombre de su pecado, de su concupiscencia y de sí mismo, como Padre con quien se entra en una íntima relación personal. Pero sin la realidad del reino tampoco se hace justicia a la realidad del Dios de Jesús. El planteamiento de la historia desde la injusticia y de la realidad de Dios desde la justicia no es suficientemente desde todo punto de vista para la fe cristiana, pero es necesario. La apelación a la vida cristiana en plenitud, a la consumación de la justicia en el amor, a la plenificación escatológica y transcendente son, por supuesto, una necesidad cristiana. Pero es una apelación «cristiana» si no se hace precipitadamente.

Cuán difícil sea mantener esas elementales verdades lo demuestra la historia actual. Es difícil mantener la opción del Vaticano II de una Iglesia en servicio del mundo, la opción de Medellín por la liberación, la opción por los pobres de Puebla, la opción por la defensa de la fe y la promoción de la justicia de la última Congregación General de la Compañía de Jesús. El reino de Dios anunciado por Jesús sirve de permanente y cuestionante recordatorio de estas elementales verdades y de aviso contra las falsas precipitaciones de la fe. El reino de Dios anunciado por Je-

sús dice en el fondo que el cristianismo es ante todo un hombre o mujer sumergidos en la historia real de la humanidad, con el perenne y escandaloso problema de la injusticia, al margen de lo cual no se puede llegar a ser hombre ni cristiano; que el lugar de captar la verdad de la historia y de Dios es el desde abajo de la historia, allí donde secularmente se ha generado la utopía del reino; que Dios, la religión, la fe y la Iglesia tienen que ver necesariamente con la vida y la muerte de los hombres, al margen de lo cual ni aparecería su verdad ni se mostraría su credibilidad. Aunque puede parecer extremadamente sencillo, lo que el anuncio del reino ha conseguido en la actualidad es la reconciliación del cristiano con la historia de los hombres, hacerle sentir verdaderamente que pertenece a la humanidad, que puede y debe aportar a esa humanidad desde dentro de ella misma y no desde fuera. Y con ello el gozo, también, de sentirse y saberse verdadero hombre, de no tener que abdicar de alguna forma de su ser-hombre para ser cristiano.

2. EL REINO DE DIOS Y LA ANTROPOLOGIA TEOLOGAL: FE, ESPERANZA Y CARIDAD

El reino de Dios como utopía supone que no se ha dado en la historia; ciertamente no se ha dado en plenitud y sus realizaciones parciales están siempre amenazadas. El reino de Dios dice por lo tanto relación con el futuro. Lo que queremos analizar es su significación para la configuración fundamental del creyente en su relación con la utopía.

Tanto el mismo concepto utópico de reino de Dios como la actitud concreta de Jesús suponen que el futuro no es futuro incierto o ambiguo, en el que se dieran simétricas posibilidades para la salvación o condenación, para la vida o la muerte. El futuro se presenta como lo que todavía no es, pero que será como salvación y plenificación. De ahí que para corresponder a la utopía del reino de Dios sea esencial al hombre la apertura confiada a ese futuro.

Esa apertura confiada exige la *esperanza,* que es lo que formalmente relaciona al cristiano con el futuro. Pero exige también una importante afirmación de *fe* que se hace ya ahora: en el fondo de la realidad existe lo positivo, por eso la historia puede ser salvación. Estas afirmaciones son conocidas, pueden parecer por ello superfluas, pero son fundamentales para una antropología teologal. Hacia la realidad histórica caben

diversas actitudes: la resignación, el escepticismo, el cinismo y la maldición, por una parte; el optimismo ingenuo o basado en cálculos racionales, la fe ciega en el progreso, por otra; y entre ambas, toda la gama de epicureísmos de aprovechar la vida en lo que pueda ser aprovechada. El reino de Dios descarta esto último, ciertamente; pero niega también lo primero y exige por ello la esperanza, y cualifica lo segundo afirmando que lo positivo de la historia es Dios. Jesús lo formula de forma religiosa. Lo último de la realidad es la bondad de Dios, más aún, la bondad del Padre, que debe generar confianza. Pero eso último sigue siendo Dios, inmanipulable e indeducible, inasequible, por lo tanto, y no forzable por los meros cálculos humanos y la inercia de la historia. Responder al reino de Dios significa entonces la esperanza y la fe.

Pero además –y ese «además» es de suma importancia para comprender el tipo de utopía predicado por Jesús y su significación actual– el reino de Dios exige un fundamental cambio en los hombres que en lo sustancial es la *práctica de la caridad.* La esperanza entendida de forma puramente conceptual no hace referencia, ni para afirmar ni para negar, al cambio que se debe operar en el que espera, a no ser el cambio de no esperar a esperar. La esperanza puede ir por lo tanto unida a la pasividad o a una actividad sólo interior sin relación con lo que de exterioridad tiene el reino de Dios. Pero no es ésa la esperanza que exige y desencadena el reino de Dios anunciado por Jesús.

Es un dato muy importante que Jesús sirvió él mismo a la venida de ese reino y que exigió de sus oyentes cambios radicales en presencia de esa venida. Por lo que toca al mismo Jesús, hay que recordar en primer lugar la misma actividad del anuncio del reino; anuncio que en-sí mismo es ya una importante actividad en servicio del reino, la cual hubiese sido superflua, la menos lógicamente, si el reino viniese con o sin el anuncio de Jesús. Pero además Jesús predicó sobre el reino en parábolas para esclarecer aspectos fundamentales, aunque nunca lo defina. Más importante aún, Jesús tuvo una actividad no sólo en palabras, sino en obras con relación a ese reino. Realizó milagros y exorcismos, tuvo comidas con pecadores y desclasados socialmente para presentizar de forma simbólica, pero presentizar al fin y al cabo, algún reflejo histórico del reino. Más aún, su actividad fue muchas veces formalmente una práctica regida por la utopía del reino: el triunfo de la justicia sobre la injusticia. No es importante ahora reflexionar sobre si Jesús tuvo alguna comprensión estructurada sobre las causas estructurales de la injusticia y de los medios de su superación, si tuvo mucho o poco éxito en esa empresa. Lo importante es que su defensa activa de los pobres, su denuncia y desenmascara-

miento de los poderosos fue realmente una práctica social que intendía a la transformación de la sociedad en la dirección de la utopía del reino. Más allá de su comprensión refleja y de la intencionalidad subjetiva de su actividad, el conflicto en que entró Jesús con los poderes sociales, políticos, religiosos y económicos, y su destino final de cruz, muestran que su actividad fue objetivamente una práctica que incidió en la sociedad de su tiempo y que lo que le guiaba en esa práctica era su ideal del reino. Para el mismo Jesús, al menos, el reino de Dios no fue sólo un símbolo utópico de esperanza, sino también una utopía por la que algo –y, en definitiva, todo– hay que hacer.

Algo semejante puede decirse de sus oyentes. En presencia de la venida del reino Jesús siempre exige algo, aunque conceptuamente pueda quedar a veces ambiguo si lo exige porque o para que el reino se haga presente. De todos sus oyentes exige la conversión interior; de la mayoría de pobres y oprimidos exige que la conversión pase precisamente por la esperanza en Dios, que acepten que las posibilidades de Dios son mayores que sus propias posibilidades y sus seculares experiencias históricas desgraciadas, lo cual, aunque sea un acto interno del hombre, posee ya históricamente un gran potencial de sub-versión externa; exige también frutos externos de conversión que, aunque pequeños en relación a la utopía del reino, son elementos que contribuyen a su presencia. Pero junto a éstas aparece positivamente la exigencia del amor como vida de acuerdo a los ideales del reino, a la fraternidad; ese amor es muchas veces exigido de acuerdo a las necesidades históricas de los pobres y en cualquier caso Jesús opera un proceso de ilustración sobre el amor, para que no se reduzca a lo que convencionalmente se pensaba que era, sino dándole una ultimidad que relativiza cualquier otro principio de cumplimiento religioso y desenmascarando falsos planteamientos de la ultimidad del amor (como aparece en el juicio final y la parábola del buen samaritano). A algunos de sus oyentes exige además un seguimiento que es explícitamente servicio al reino como el del propio Jesús.

Las exigencias a una práctica formalmente mesiánica, dirigida a transformar la sociedad de pecado en el reino de Dios, no aparecen tan clara y explícitamente, pero no quiere eso decir que objetivamente no existan esas exigencias. En las denuncias a los opresores está implícita la exigencia a que los poderosos organicen la sociedad de forma distinta y contraria; la subversión de valores y la contraposición de pobres y ricos en las bienaventuranzas y maldiciones apuntan a una nueva forma de relaciones entre los hombres; la llamada al seguimiento en los momentos finales de su vida implica también el tomar no cualquier cruz, sino aque-

lla que se deriva irremediablemente de una práctica mesiánica y no de una actividad cualquiera.

Es difícil, por lo tanto, sistematizar la actuación de Jesús y las exigencias a sus oyentes bajo un sólo acápite y encontrar una relación nítidamente lógica entre el reino de Dios y su actividad y exigencias a sus oyentes. Pero lo dicho creemos que es suficiente para llegar al menos a esta conclusión: «reino de Dios» no es sólo un símbolo utópico al que se responde adecuadamente sólo en la esperanza; es también un símbolo ético que exige cambio de actitudes y conducta; y es por último un símbolo práxico que exige una determinada actividad, la vida en el amor, dicho de forma genérica, y la práctica de la caridad en lo que tiene de práctica, de transformación de la injusticia histórica en relaciones justas entre los hombres.

El reino de Dios para la actualidad significa una forma de concretar la tríada teologal, fe, esperanza y caridad; pero de forma que éstas y su mutua relación se hagan hoy más evidentes, como forma fundamental del ser cristiano, más capaces de unificar lo que en ellas hay de trascendente y de histórico, más relevantes, y por ello también más creíbles, en la actual situación de la humanidad. En cualquier caso hay que constatar que allí donde se anuncia hoy el reino surgen la fe, la esperanza y la caridad de una forma nueva, creativa, evangélica, difícilmente conseguible a partir de otra realidad cristiana. Esto es sobre todo verdad entre cristianos del tercer mundo y quienes se asemejan a ellos. Si en un primer momento el redescubrimiento del reino de Dios anunciado por Jesús supuso una recuperación correcta de la esperanza cristiana –y de ello da testimonio mucha de la teología europea después del Vaticano II–, en la actualidad, y sobre todo en el tercer mundo, el reino de Dios ha servido para la recuperación de la práctica de la caridad, en la construcción del reino.

Recordar eso tan sencillo: que la vida cristiana es esperanza, que incluye una visión de fe sobre la historia y que es concomitantemente –y en el fondo preponderantemente– práctica de la caridad es una segunda cosa importante de que en la actualidad se siga anunciando el reino de Dios.

3. LA ESPIRITUALIDAD POSIBILITADA Y EXIGIDA POR EL REINO DE DIOS

Entendemos por espiritualidad vivir en la historia, hacerla y padecerla según el Espíritu de Dios que está entre nosotros. La espiritualidad en concreto no es otra cosa que realizar la fe, la esperanza y la caridad; pero realizarlas en lo concreto de la historia, tal como el Espíritu lo va posibilitando y exigiendo. Ese Espíritu es inagotable y no se le puede poner un cauce preestablecido, ni siquiera *sólo* el cauce del reino de Dios. En la actualidad se constata que los cristianos que se orientan según el reino de Dios buscan *también* explícitamente una espiritualidad que haga presente a Dios como Padre, y de ahí el renovado énfasis en temas espirituales como la oración, el espíritu de las bienaventuranzas, la santidad del hombre nuevo, etc.

No queremos deducir por lo tanto toda la espiritualidad cristiana a partir del reino de Dios ni hacer juegos conceptuales para que toda ella tenga como única fuente el reino. Pero por otra parte es innegable que el anuncio del reino ha generado hoy una fuerte espiritualidad, con elementos que difícilmente se consiguen sin mencionar el reino. Desde esa constatación vamos a enumerar algunos elementos de espiritualidad que lógicamente exige el reino y fácticamente ha desencadenado el anuncio del reino.

a) La terquedad de la esperanza

El reino de Dios, tal como lo anunció Jesús, no ha llegado. Vistas las actuales perspectivas de la humanidad, quizá todavía se aleje más, si aumenta la pobreza y la injusticia en el mundo. Si a pesar de todo eso existe la esperanza, ésta sólo puede ser una esperanza mantenida y dialéctica. La esperanza cobra el matiz paulino de ser contra esperanza no sólo por la oscuridad que envuelve todo futuro, sino por la miseria del presente. Sin embargo esa esperanza existe. En algunas de sus manifestaciones –como a veces entre los pobres del tercer mundo– puede parecer ingenua. Pero no lo es; es una esperanza crítica y dialéctica en contra de la miseria, y es sobre todo una esperanza mantenida no de forma mecánica como pura extrapolación del deseo de cambio. Una razón ilustrada pue-

de preguntarse cómo es posible esa esperanza después de veinte siglos y aconsejar mejor la esperanza que los cálculos humanos den de sí o, por otra parte, una ilustrada resignación. Un cierto tiempo de teología puede aconsejar también una apocalíptica consecuente, dejando para el final y sólo para el final el triunfo de la justicia.

Pero allá donde se sigue anunciando que el reino de Dios está cerca, allá donde se anuncia el reino como buena noticia a los pobres, ocurre de nuevo el escandaloso milagro de la esperanza. La sentida cercanía de Dios se traduce en esperanza para el presente histórico. El anuncio del reino exige hoy ese tipo de esperanza, pero también lo posibilita con una eficacia difícilmente conseguible de otra forma.

b) La aceptación de la creaturidad

El reino de Dios, por ser utopía, nunca es adecuadamente realizable ni conceptualizable. Si se lo considera ya realizado es que se ha absolutizado una realidad humana y, en este sentido, se la ha idolatrizado; si se le considera conceptuable adecuadamente es que se le quiere manipular. Enfrentarse al reino de Dios significa entonces la humildad de la creatura que acepta su condición limitada y su limitado saber. Pero, por otra parte, tampoco se puede decir que nada refleje el reino de Dios o que todo lo refleja o deja de reflejar por igual, a lo cual apuntaría una cierta interpretación de la reserva escatológica. El reino de Dios no es tan indiscernible como eso. Por ello enfrentarse con el reino de Dios supone también la capacidad de la creatura para buscar activamente, discernir y construir lo que en un momento dado más parece acercarse al reino.

Lo que está detrás de este planteamiento es un rechazo a romper la tensión inherente al ser creatura, ruptura que con frecuencia se plantea como la alternativa del todo o nada. Pero la creatura ni es todo ni es nada, ni es el creador ni es pura nada; es creatura. Aceptar a fondo el ser creatura es toda una espiritualidad que prohíbe tanto la hybris como la autodestrucción y exige tanto la humildad como la activa responsabilidad. De ahí que la espiritualidad creatural exija ese camino intermedio en el saber y el hacer entre el todo y nada, que se traduce en el activo discernimiento de buscar y concretar formas de construcción del reino; más en concreto, nuevas formas de la caridad, sea ésta asistencial, promocional o estructural.

Esto que hemos llamado la espiritualidad creatural puede ser exigido por otras realidades de la fe, pero lo concreta muy evidentemente el rei-

no de Dios. Este es el que exige afrontar creaturalmente la realidad de la Iglesia y de la sociedad, ambas también realidades creadas. Ninguna de ambas cosas son el reino de Dios, por más que perviva la tentación de hacer de la Iglesia, si no ya en la teoría, sí todavía en la práctica, un sustitutivo del reino y hacer de la llamada civilización occidental si no *el* reino de Dios, sí su lugar natural. Pero tampoco se puede caer en el extremo opuesto como si cualquier configuración de la Iglesia o de la sociedad fuese igualmente cercana o lejana al reino. No es lo mismo una Iglesia que se presenta como realmente servidora, que defiende los derechos de los pobres y participa en sus causas, que otra que eficazmente se absolutiza a sí misma, relativiza o ignora el mundo de los pobres o abandona el mundo a su miseria. No es lo mismo una sociedad en que esté asegurada la vida de los pobres y sus derechos fundamentales, que otra en que no lo están.

El ver las cosas y a sí mismo creaturalmente, el actuar sobre las cosas y actuar uno mismo creaturalmente es una exigencia del reino de Dios, para que éste, en cuanto utopía, siga siendo el sin-lugar, pero haciéndole lugar en la historia.

c) La óptica de la parcialidad

La fe cristiana hace afirmaciones universales sobre Dios, Cristo, los hombres, la salvación, etc. Pero es bien sabido que la universalización es precedida de una concreción determinada y aun escandalosa. El Hijo se hace hombre, pero asumiendo lo que en la carne hay de pobreza y debilidad histórica; el Padre ama al Hijo, pero lo entrega a la cruz; Dios resucita a los muertos, pero resucita primigeniamente a un muerto crucificado. La correlación Dios-hombre, universalizada con razón por la lógica de la fe, es precedida siempre de una correlación mucho más concreta. Una espiritualidad cristiana debe tener siempre presente aquellos puntos de partida parciales que permiten después la universalización, pero sin los cuales ésta no es cristiana. A esto llamamos la óptica de la parcialidad.

El reino de Dios exige y posibilita muy eficazmente esa óptica parcial al aparecer en correlación con los pobres. Desde ellos y para ellos ha aparecido la utopía del reino; Dios es de ellos por el mero hecho de ser pobres. De esta forma los pobres son lugar teológico, y su aporte específico es el de ofrecer la parcialidad de la óptica. Desde ellos se descubre la verdad de las cosas, la verdad de Dios, del pecado, de la gracia, de la

liberación, etc. Desde ellos se puede discernir y evaluar las realizaciones de los hombres, cuando éstos las llaman «reino de Dios» o su equivalente. Desde el reverso de la historia aparece la verdad de la historia.

Pero, además, los pobres tienen un potencial histórico y teológico de alteridad muy importante para la experiencia de gratuidad. Por su realidad histórica son un «otro» cualificado, mediación de lo que en Dios hay de «otro» y mediación histórica, sobre todo, de lo que en Dios hay de «totalmente» otro. La sorpresa y escándalo que ocasionó la actividad de Jesús se debió precisamente a que su anuncio y servicio del reino tomó como destinatario cualificado a los pobres y despreciados y los puso en correlación con Dios, lo cual muestra, indirectamente al menos, la dificultad de aceptar la alteridad de Dios. Pero precisamente esa alteridad del pobre es la que posibilita experimentar el sentido de la propia vida como proveniente de otro y así gratuito. Y cuando los pobres, en sus propias realizaciones, en lo que posibilitan –exigiéndolo por su propia realidad– de entrega, de servicio, de amor, de martirio incluso, se convierten en el lugar de ser y hacer el bien, entonces su ser otro es también fuente del bien; el sentido del estar remitido al otro va acompañado de la experiencia de que se nos ha dado algo bueno. Quizá pueda parecer muy sencilla esta formulación, pero es fundamental: existen lugares históricos que son fuente de bien con capacidad para hacernos buenos. Pero, recordémoslo, esos lugares son parciales.

d) El talante del hombre del reino

Ese reino para los pobres exige y posibilita un talante específico, que también puede ser promovido en nombre de otras realidades de la fe, pero que con frecuencia ha sido ocultado o hecho pasar a segundo plano. Nos referimos aquí a algunas actitudes fundamentales y a algunas formas de reaccionar hacia los problemas básicos de los hombres, que no infrecuentemente han ignorado los creyentes, pero que han vuelto a salir a la luz con el anuncio del reino de Dios, sin que ahora la apelación a «Dios» los mitigue, precisamente porque es un Dios «del reino».

El talante de los hombres del reino está descrito en las bienaventuranzas y el sermón del monte. Pero nos concentramos aquí en algunas actitudes que son en un sentido incluso previas a las bienaventuranzas. Son éstas la misericordia hacia las grandes masas que sufren pobreza, opresión y represión, que debe llevar ciertamente a una práctica de su superación, pero que debe ser en primer lugar mantenida como algo últi-

mo y no trivializada en nombre de la escatología o de la plenitud de vida cristiana. Se trata simplemente de recobrar y, sobre todo, mantener aquella actitud primigenia de Jesús del *misereor super turbas*. Nos referimos también a la indignación que produce en todo hombre de buena voluntad ese sufrimiento y opresión, que lleva –como a Jesús– a la denuncia, el desemascaramiento y la maldición de los responsables, pero que no infrecuentemente ha sido ignorada, suavizada o combatida en nombre de otros principios de la fe. Nos referimos, por otra parte, al gozo de anunciar un reino que es buena noticia para los pobres y al gozo que produce el gozo de los pobres cuando la oyen, la entienden y la celebran; al gozo también de haber encontrado en *ese* evangelio, en esa buena noticia una perla preciosa, un tesoro escondido, por lo cual se vende todo y se entrega todo.

Estas actitudes fundamentales, misericordia, indignación, gozo –por mencionar sólo algunas– dan nuevo rostro a la práctica de la fe; la insertan por un lado en la comunidad de hombres de buena voluntad, con lo cual los cristianos no aparecen en el fondo como seres extraños, ajenos al mundo real y con reacciones distintas a las de otros hombres que buscan el reino; y la insertan por otro lado en lo más profundo del evangelio. Ese talante ha sido redescubierto eficazmente al anunciar el reino y trabajar por él. Esto no ha separado a los cristianos de los demás hombres, y, sobre todo, ha presentado a los cristianos como portadores de un evangelio, de una buena noticia para otros, y como portadores gozosos ellos mismos, no tristes o sólo a la defensiva.

e) La santidad por el reino

La santidad cristiana no es otra cosa que parecerse a Jesús. Santo es el que reproduce de la mejor manera posible la totalidad de Jesús. El anuncio y la práctica del reino no es la totalidad de Jesús y no es por ello lo único que puede originar santidad. Pero exige y posibilita un punto sumamente importante de esa santidad.

El reino no es sólo utopía que se espera y por la que se trabaja, sino algo que es esperado y que hay que construir *en contra* de realidades históricas, en contra del pecado objetivo. Ese pecado es en lo sustancial aquello que da muerte a los hombres, de formas estructurales –injusticia estructural, violencia institucionalizada– o en forma rápida a través de la represión. La santidad que propicia el reino tiene muy en cuenta el que hay que luchar contra ese pecado. De nuevo no quiere esto decir que del

mero luchar contra el pecado del mundo y sin cultivar explícitamente otras áreas de la santidad, ésta surge ya mecánicamente. Pero quiere decir que tampoco puede haber santidad al margen de esa lucha decisiva contra el pecado y que esa lucha puede generar un tipo de santidad difícilmente conseguible de otras formas.

En concreto, es la lucha contra el pecado y en favor del reino lo que exige la fortaleza en presencia de los riesgos y lo que origina la persecución de todo tipo y la muerte de cruz, todo lo cual asemeja a Jesús en punto fundamentalísimo. Si esa lucha además está impregnada de amor a los pobres, si su horizonte es en verdad el que el reino de Dios llegue a ser y Dios se haga más presente en nuestra historia, entonces las abundantes muertes que ocurren hoy son martirio, testimonio de amor y del mayor amor, y testimonio también de fe en un Dios del reino.

La disponibilidad a dar de la propia vida y aun la propia vida por amor es parte central de la espiritualidad cristiana. Pero en el contexto del reino esa disponibilidad no es puramente idealista ni puramente intencional; debe ser una disponibilidad real porque la persecución y la muerte es una posibilidad real, como lo atestigua la historia reciente. El anunciar hoy con toda seriedad el reino de Dios, el trabajar por él con toda seriedad ofrece un cauce estructural para la santidad y para aquel aspecto suyo que siempre se ha visto como el decisivo: el martirio por amor.

4. UNA PALABRA FINAL: REINO DE DIOS Y RESURRECCION

Después de la resurrección de Jesús, éste es confesado formalmente como el Cristo, y desde ahí ocurren algunas transmutaciones importantes para el reino de Dios como símbolo de la utopía. La buena noticia pasa a ser el mismo Cristo, crucificado y resucitado; la Iglesia pasa a convertirse de alguna forma en la comunidad en que se expresa la plenitud del reino en la historia; la resurrección se va convirtiendo en el símbolo de la utopía cristiana. Este desarrollo es en sí legítimo, al menos en parte, pero con propios peligros de no mantener en la totalidad de Jesu-Cristo la mutua referencia entre Cristo y Jesús; más en concreto, en que en la tensión fuera desapareciendo «Jesús» y el «reino de Dios» esencial en y para Jesús. El hecho de que los evangelios se editasen después de la

resurrección es quizá la forma más radical de superar en principio ese peligro. Y en los evangelios, como se sabe, el reino de Dios ocupa un lugar central. En principio, por lo tanto, el reino de Dios debiera ser también en la actualidad importante, aunque la resurrección de Jesús añade nuevos elementos para la fe.

Pero además de seguir siendo importante por principio, el reino de Dios sigue siendo importante porque lo que encierra ese símbolo utópico no es sin más intercambiable por lo encerrado en el otro símbolo utópico, la «resurrección». Se pudiera hacerlos intercambiables de una manera puramente conceptual, pero eso sería forzarlos teóricamente y sobre todo sería ignorar que, incluso en cuanto formulaciones de la utopía, desencadenan diversas, aunque complementarias, actitudes y comportamientos.

La resurrección de los muertos es fundamental para la fe porque implica el triunfo final de Dios y desencadena una esperanza radical. Apunta a que ya en la historia hay que vivir de acuerdo a la plenitud de la resurrección y con la garantía de que el hombre nuevo es posible. Pero esta fundamental verdad para nada quita importancia al reino de Dios, pues la resurrección por su misma naturaleza apunta más a la escatología, mientras que el reino de Dios apunta a cómo ir haciendo ya lo escatológico y cómo encaminarnos hacia ello. Por decirlo brevemente, en la resurrección se sanciona de manera definitiva que Jesús es «el» hombre; pero la verdad de ese ser hombre sólo aparece en la historia de Jesús; en la resurrección se sanciona que en el amor y en la entrega de Jesús aparece el verdadero hombre, pero la estructura fundamental de ese amor y esa entrega aparece en Jesús; en la resurrección se afirma que habrá nuevos cielos y nueva tierra –siendo Cristo resucitado su primicia–, pero en el reino de Dios predicado por Jesús aparece a la manera histórica lo fundamental de esa novedad y la exigencia no sólo a esperarla, sino a construirla; en la resurrección aparece cómo Dios plenifica la historia y reconcilia lo que en la historia parece irreconciliable, pero en el anuncio del reino aparece cómo ir haciendo la historia cada vez más plena manteniendo precisamente los polos de aquello que históricamente es difícilmente conciliable: justicia y misericordia, indignación y perdón, gratuidad y eficacia, universalidad y parcialidad desde los pobres, estructura y persona, etc.

Con el «reino de Dios» y su significado para la actualidad ocurre algo semejante a lo que ocurre con Jesús. Es cierto que Jesús no es otro que Jesu-Cristo; pero siempre que en la historia se ha querido revalorizar realmente a la totalidad de Jesucristo los cristianos se han vuelto hacia

Jesús de Nazaret, desde grandes santos como Francisco e Ignacio, hasta los sencillos campesinos de hoy en América Latina. La predicación de un Jesu-Cristo que es Jesús de Nazaret tiene siempre una fuerza especial y desencadena historia cristiana. Lo mismo ocurre con el reino de Dios. Su anuncio posee un vigor especial, desencadena una esperanza radical y una práctica según el seguimiento de Jesús; y eso ocurre en el fondo porque el reino de Dios es la utopía de Jesús. Esto para nada quita importancia a la utopía de la resurrección como plenificación final. Pero el reino historiza y no sólo escatologiza la utopía, dice al hombre no sólo que hay una utopía sino qué hacer y cómo habérselas con ella, apunta a la utopía transcendente, pero señalando también el camino de cómo ir hacia ella, que no es otra cosa que los perseverantes intentos de hacer realidad en la historia ese mismo reino. Curiosamente ese reino de Dios nunca deja al hombre en paz, pues nunca se realiza en plenitud, sus realizaciones parciales son provisionales y los cristianos deben comenzar siempre de nuevo a construirlo. Y sin embargo en eso encuentra el creyente el profundo sentido de su vida y la verdadera paz en la historia. Ese forcejeo histórico es lo que a pesar de todo da mayor convicción al símbolo utópico de la resurrección final en que Dios será todo en todos. Esa exigencia a historizar la utopía, tal como hemos intentado describirlo, y la estructura fundamental de su historización, es lo que da valor permanente al reino de Dios, y lo que hace que allá donde se anuncie con vigor evangélico los cristianos y las Iglesias se renueven.